

ENRIQUE DUPUY DE LOME

-UN DIPLOMÁTICO ESPAÑOL EN JAPÓN EN EL SIGLO XIX-

Vicente Arribas Montes

En la historia de la política y de la diplomacia, el nombre de Enrique Dupuy de Lome viene asociado con un incidente, del que no derivaron consecuencias mayores, pero por el hecho de haber ocurrido a principios de 1898, días previos a la intervención de Norteamérica en Cuba, sirvió para alimentar la animosidad del pueblo americano y los titulares de la prensa amarilla y así quedar subrayado en la historia. Sin embargo, Enrique Dupuy de Lome, hombre polifacético, tiene otros aspectos interesantes, uno de los cuales nos ha hecho detener nuestra atención en su personalidad. Es el relacionado con Japón, primer país donde ejerció como diplomático desde 1873 hasta 1875. No obstante lo breve de esta estancia, o quizá debido a que este tiempo coincidió con el de sus años jóvenes, de más ímpetu e inquietud, se despertó en él un interés por Japón, su historia y su cultura, interés que le acompañó siempre, incluso después de haber dejado el país del sol naciente, cuando su carrera diplomática le obligó a ejercer en diversos países de Sudamérica, Europa y Norteamérica.

Rasgos Biográficos

Enrique Dupuy de Lome nació en Valencia el 23 de agosto de 1851. Procedente de Francia, su familia pertenecía a la nobleza de toga de aquel país. Realizó la carrera de derecho en la universidad de Madrid y entró en la carrera diplomática en 1869 como agregado diplomático supernumerario destinado al Ministerio de Estado, de cuyo destino tomó posesión el 6 de marzo. El 17 de abril de 1873 fue nombrado secretario de tercera clase en el Japón. La estancia en Japón fue de poco más de dos años, pues el 13 de junio de 1875 sale de Yokohama rumbo a América para volver a España. A partir de aquí desarrolla una intensa actividad diplomática, interviniendo al mismo tiempo en asuntos comerciales.

Inmediatamente de su regreso a España es enviado a la Legación de Bruselas (1875), donde estuvo hasta 1877. Vuelve a España con destino al Ministerio de Estado y ese mismo año es ascendido a secretario de segunda clase y destinado a la Legación de España en Montevideo. De allí pasó en el año 1880 a Buenos Aires. El 2 de junio de 1881 es trasladado a la Embajada en París. Por

real decreto de 7 de octubre de 1882 es ascendido a secretario de primera clase y destinado a la Legación en Washington, de cuyo cargo tomó posesión el 20 de marzo de 1883. En 1884 fue trasladado a Berlín y en febrero de 1886 al Ministerio donde tomó posesión el 4 de abril siguiente. Conservando el destino anterior, fue comisionado en noviembre de 1887 para asistir a las conferencias que habían de tener lugar en Londres para tratar de la supresión de las primas concedidas a la industria azucarera. El 1 de diciembre del mismo año fue ascendido a Ministro Residente y nombrado a la vez Cónsul General en las repúblicas de Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua y con el solo carácter de Cónsul General en la de Honduras, de cuyo cargo tomó posesión en la Corte de Madrid, “por convenir al mejor servicio siguiese desempeñando la Comisión anteriormente citada...” Durante la interrupción de las reuniones de la Conferencia en Londres fue comisionado a Roma con objeto de tomar parte en las negociaciones del Tratado de Comercio en unión de la Comisión Técnica, nombrada al efecto por el Ministerio de Hacienda. El 14 de septiembre de 1888 fue trasladado a prestar sus servicios como Ministro Residente y con el carácter de Cónsul General a Uruguay. El 22 de septiembre de 1890 es trasladado al Ministerio, como Jefe de la Sección de Comercio, cargo que desempeñó hasta el 31 de marzo de 1891 en que cesó por haber sido elegido Diputado a Cortes y habersele admitido la dimisión de dicho cargo. Pero ya antes, el 12 de enero de 1891 fue nombrado para formar parte de una Comisión creada el 24 de diciembre de 1890 para estudiar la reducción del arancel de aduanas. El 17 de enero del mismo año es nombrado Vocal Comendador de la Suprema Asamblea de la Real Orden de Carlos III, continuando sus servicios sin interrupción hasta el 12 de mayo de 1892 en que por Real Decreto fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de primera clase en Washington, de cuyo cargo tomó posesión el 21 de agosto siguiente y lo desempeñó hasta el 21 de febrero de 1893. Vuelve de nuevo a desempeñar el cargo de Vocal de la Suprema Asamblea de Carlos III hasta el 25 de marzo de 1895 en que fue nuevamente nombrado para representar a España como Ministro plenipotenciario de primera clase en Washington, puesto difícil por la cuestión de Cuba y que Dupuy desempeñó hasta poco antes de estallar la guerra, el 11 de febrero de 1998. En 1899 fue nombrado subsecretario del Ministerio de Estado. El 3 de mayo de 1900 fue nombrado Embajador en Roma, cargo de que tomó posesión el 9 de junio y que mantuvo hasta el 23 de junio de 1901, pero al caer el gobierno conservador presentó la dimisión. Cuando volvió la situación conservadora fue repuesto en el cargo de nuevo el 7 de julio de 1903. Se desplazó a Roma y tomó posesión del cargo el 20 del mismo mes, pero su salud se quebrantó de pronto. Pidió licencia para volver a

España, pero durante una estancia en París falleció en esta ciudad. Era el 1 de julio de 1904¹.

Recibió numerosos títulos y condecoraciones, indicadores de su dedicación así como de la estima a que se hizo acreedor. En una lista redactada por él mismo en 1886 aparecen, entre otros, los siguientes: Licenciado en derecho civil y canónico. Licenciado en derecho administrativo. Comendador ordinario de la Real y distinguida Orden de Carlos III. Comendador ordinario de Isabel la Católica. Cruz de tercera clase del Mérito Naval, Cruz del Aguila Roja de Alemania, Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco, Caballero de Leopoldo de Bélgica, Oficial de la Legión de Honor, etc.

Este breve repaso biográfico nos ofrece una idea de la actividad de este diplomático en los diferentes continentes, así como de su capacidad y dedicación. De Lome intervino en los principales escenarios del mundo del siglo XIX. Fue testigo presencial del Japón que emergió con inusitada fuerza en la segunda mitad del siglo XIX. Intervino directamente en la política de España con EE.UU. hasta muy poco antes de estallar la crisis de Cuba. Siguió muy de cerca la crisis del Oriente Medio, uno de los problemas de la Europa del siglo XIX. Estuvo dominado por el problema de España en esta época de decadencia.

Actividad literaria

E. Dupuy de Lome no se tiene a sí mismo por escritor relevante. Su obra sobre Japón fue demorada más de veinte años por esa convicción de falta de recursos literarios así como del poco interés que el autor supuso despertaría en el público español de entonces un tema como Japón. No obstante, los escritos que dejó todos ellos tienen algo que ver con su encomienda de diplomático extensiva a los intereses políticos y comerciales de la España de entonces².

¹ Datos tomados del *Diccionario Espasa-Calpe* y sobre todo del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo prolijo de esta relación biográfica, aparentemente innecesaria, tiene como fin matizar e incluso corregir algunas imprecisiones del *Diccionario Espasa-Calpe*.

² Escritos de E. Dupuy de Lome:

- *La seda en el Japón, su cultivo y su industria*, Ministerio de Fomento, 1875.
- *De Madrid a Madrid dando la vuelta al mundo*, Imprenta de Aribau y Compañía, sucesores de Rivadeneyra, 1877. En esta obra los capítulos IX y XI están dedicados a Japón.
- *Los Eslavos y Turquía, estudio histórico sobre la cuestión de Oriente*, 1877, Imprenta Nacional.
- *Crónica de la Guerra de Oriente*, Ilustración Española y Americana, 1877-1878,
- *Conferencia sobre la cuestión de Oriente*, Conferencia pronunciada el día 16 de octubre de 1877 en la Sociedad Geográfica de Madrid, Imprenta Fortanet. Madrid, 1877.
- “El Comercio de España con la República Argentina”, *Memorias Comerciales*, publicadas por el

Enrique de Lome y Japón

Hay dos obras de muy distinto talante en las que Dupuy de Lome describe sus experiencias y su pensamiento respecto de el Japón. La primera es *De Madrid a Madrid dando la vuelta al mundo* y la segunda, *Estudios sobre el Japón*. Ninguna de las dos ofrece gran volumen. La primera es el relato de su encuentro con diversos países y culturas desde que salió de España para Japón y su regreso dando la vuelta al mundo. Tiene un carácter más descriptivo y anecdótico... La segunda es una obra más elaborada y, sobre todo, más reposada. De ellas extraemos el contenido que referimos a continuación³.

La relación de Enrique Dupuy de Lome con Japón comienza con su salida de Marsella hacia Yokohama. Partió de Madrid desde la estación de Atocha hacia Barcelona y de allí a Marsella, a donde llega el 6 de junio en un mal vaporcillo –según cuenta él mismo- llamado Andalucía. Fueron 47 horas de barco. Dos días después, el día 8 de junio a las diez en un formidable vapor, de 120 metros de eslora y 16 de manga, llamado Hugly (nombre tomado del río que pasa por Calcuta), pone rumbo a Oriente.

De los pasajeros que embarcaron ese día, “...el grupo más numeroso era el español y luego el

Ministerio de Hacienda, 1880.

- *Intervención del Estado en Italia en la producción y el comercio del vino*, publicada por el Ministerio de Fomento, 1888.
- *El comercio y la producción de vino en los Estados Unidos* (en colaboración con D. Vicente Vera y López), 1894.
- *Dos Años en el Japón, recuerdos de viaje*, El título de esta obra lo hemos visto en la lista de obras del autor como obra “en preparación”. Suponemos que corresponde al libro *Estudios sobre el Japón*.
- *Estudios sobre el Japón*, Est. Tip. “Sucesores de Rivadeneyra”, Impresores de la Real Casa, Madrid, 1895.

Artículos:

- “Principales errores sobre la historia y la geografía del Japón en los libros de texto de las escuelas y universidades de España”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo VII, segundo semestre, 1879.
- “Estudio sobre la geografía de Japón”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, marzo y abril, 1880. Dice el autor que este artículo corresponde al capítulo de geografía de Japón del libro *Estudios sobre el Japón*.
- “El camino de Bolivia al Atlántico”.
- “El comercio de España con la república argentina”.
- “Debate sobre la exploración y civilización del Africa”.

Todos ellos publicados en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*.

³ Las citas de estas dos obras irán con las abreviaciones siguientes: MM para la obra *De Madrid a Madrid dando la vuelta al mundo* y EJ para la obra *Estudios sobre el Japón*.

japonés. Iban los señores Ito (Hirofumi) y Kido, embajadores extraordinarios subordinados al Sr. Iwakura, que han recorrido casi todas las costas de Europa. Venían acompañados de nueve personas entre secretarios y sirvientes. Dichos personajes han ejercido decisiva influencia en su país en la última transformación que ha variado por completo su estado.”(MM, pp.38-39) Ito, Kido y Mori, tres de los más importantes miembros de la Embajada de Iwakura, que con otros varios secretarios y agregados de la misión regresaban ya a su patria. (EJ, p.228) En una navegación de cuarenta y cinco días dice que tuvo largas conversaciones con ellos. Les oyó hablar de sus proyectos y esperanzas, y a alguno de los más jóvenes le oyó decir que Asia debía ser para los asiáticos. Desde entonces, escribe, se hizo a sí mismo la promesa de estudiar el Japón cuanto pudiera.

De esas primeras impresiones va anotando lo más llamativo en ese momento para él: el tono de conversación, la actitud, por ejemplo de un japonés estudiante imperial de marina. “En los primeros momentos su interés en enterarse de todo, su movilidad nos hacen creer en su inteligencia, y nos dedicamos a todo género de elucubraciones en favor de ese gran pueblo...” (MM, p.36) Esta primera impresión favorable será desmentida más tarde. “...pronto vendrá desgraciadamente el desencanto; para perder las ilusiones que en los japoneses puedan fundarse basta conocerlos un poco, y la falta de conocimiento ha hecho sólo que haya habido quien los tome por un pueblo serio.”(Loc. cit.)

A Yokohama llegó en el Mensaleh, “un vapor muy bonito”(Ibid., p.190), según nos dice, el 23 de julio a las nueve de la mañana. “Llegamos a Yokohama salvando las 9.720 millas marítimas que hay entre dichos puertos (Marsella y Yokohama) en 44 días y 23 horas. Hay que deducir 9 horas de diferencia entre ambos meridianos y 9 días y 11 horas parados en las escalas. Total, 33 días y 3 horas de navegación.” (Ibid., pp. 212-213) Dupuy de Lome es escrupuloso en sus anotaciones.

La Legación española, como las de los otros países, estaba localizada en Yokohama. De Lome nos da una descripción del lugar. “Situada en la bahía de Yedo, Yokohama tenía una parte europea, una parte oficial y una parte indígena. Cuando llegaron los europeos era una aldea situada en un pantano. Los europeos se establecieron a la derecha, ocupando una de las dos colinas y parte del terreno bajo. Los indígenas fundaron a la izquierda una ciudad, que ha llegado en poco tiempo a contar sesenta mil habitantes...” “La ciudad europea de la parte baja está compuesta casi exclusivamente de almacenes y escritorios; en la colina hay elegantes chalets y cottages, en donde viven las familias de los negociantes establecidos en el país, y en ella flotan al viento las banderas

de las legaciones que no han ido aún a establecerse a Yedo. Entre ellas está la de España.” (Ibid., p.193)

Allí en Yokohama, y con las limitaciones tanto de cultura y de lengua así como las que les imponían para los desplazamientos dentro del país, sus contactos quedan limitados al trato con miembros de la propia legación o de legaciones de otros países. Sus sueños de poder visitar y experimentar un país exótico como Japón se vieron reducidos considerablemente. *“Unos decían que abandonase toda ilusión, que aquello era y sería siempre fastidiosísimo, que me decidiese a vegetar hasta que viniese la orden de volver a Europa a sacarme de este destierro. Otros más prácticos me dijeron que podía pasarlo bien en el Japón, como en todas partes, si no quería pedir al país y a la residencia más de lo que puede dar.” (Ibid., p.209)*

Entre las personas que le ayudaron a sacar el mayor provecho de su estancia en Japón menciona a Emilio de Ojeda, segundo secretario de la legación de España. *“A él le debo la mayor parte de los buenos recuerdos que tengo del Japón. Por él conocí a Emilio Moulron, Cónsul de Bélgica... Durante todo el tiempo que he estado en el Japón, hemos vivido Ojeda y yo en comunión de ideas y he podido conocer lo que vale su corazón y lo que vale su cabeza.” (Ibid., p.212)*

La impresión que De Lome obtiene de Japón no escapa al módulo de contraste o de paradoja que ha ofrecido y sigue ofreciendo este país a sus visitantes. Hay una experiencia personal inmediata, difícil de asimilar sobre todo para un europeo y que hace aflorar la crítica para dar paso después a otros aspectos más favorables de un país que emerge a velocidad inusitada hacia la modernización en todos sus aspectos políticos, comerciales, técnicos.

De Lome advierte sobre el peligro de idealizar este país exótico. Existe, afirma, una idea equivocada del Japón, una apreciación errónea de su historia y tradiciones. Pues hay descripciones de viajeros muy bien escritas, que en realidad, tienen más de imaginación que de verdad. Y ello se debe a la tendencia de la gente a generalizar, y también se debe a la situación en que se encuentran los extranjeros en Japón.

Los extranjeros viven únicamente en lo que se llaman puertos abiertos y pueden tan sólo moverse en un radio de diez ri (30 millas inglesas. Era la distancia que se permitía para viajar sin pasaporte a los extranjeros). Estos puertos son Yokohama, Edo, Hyogo, Osaka, Hakodate y Nigata. Esta situación de reclusión se debe a la falta de acuerdo entre los representantes de gobiernos extranjeros con el gobierno japonés. Aquellos quieren que se conserven sus privilegios nacionales ex-territoriales, mientras que el gobierno japonés quiere someterlos a su ley y a los tribunales

indígenas, que, por otra parte, no están todavía lo suficientemente civilizados como para juzgar a europeos y americanos. De ahí que la vida normal de los extranjeros se desarrolle en lugares concretos precintados. Y, evidentemente, el Japón que se ve en esos lugares, puertos abiertos, no es el Japón verdadero. (cf. *Ibid.*, p.195)

La primera impresión que se recibe de los japoneses es de simpatía. Su limpieza, sonrisa, amabilidad cautivan en un primer momento, aunque más tarde se conocen los defectos y se ve su falsía. (*Ibid.*, p.196) Por primera vez vio De Lome lo que él llama árboles enanos, hechos artificialmente, así como el tatami, el peinado típico de los hombres, su vestido, los kimonos, los calcetines (tabi). Y advierte que en toda la indumentaria no tienen ni un botón ni un alfiler ni una cinta, y, sin embargo, están adoptando el engorrosísimo traje occidental y abandonando el suyo. (*Ibid.*, p.199)

Para un europeo del siglo XIX de familia ilustre, debió de suponer un choque cultural el encuentro con los módulos de vida y comportamiento japonés. Habla de la mujer japonesa, que ya es vieja a sus 30 años. Dice que se afeitan las cejas, se ennegrecen los dientes con una composición de hierro, signo distintivo de que están casadas (*Ibid.*, p.200) Le choca el kimono, abierto por delante, que deja ver el cuerpo de la mujer. En verano es visible todo de la cintura para arriba. Y su apreciación sobre el pudor japonés está anotado en una breve frase: “*Ha sido preciso que viniesen al Japón los europeos para que en esa exhibición y en otras muchas encontrasen malicia.*” (*Ibid.*, p.201)

En el trato, dice con los europeos cambian su modo de ser (*Ibid.*, p.202), pero entre ellos abundan en saludos y cortesías. Su modo de conversación es llamativo. “*Comienzan con el tiempo, agradecen por lo habido en la última vez que se han visto, invitan a té o a tabaco, etc. Pero a partir de ahí, cuando entran en materia, faltan a sus promesas y a la verdad con gran número de saluciones y con la cara más placentera y risueña*” (*Ibid.*, p.204). Observa la verticalidad social en las fórmulas y maneras de hablar, según se dirijan a un superior o inferior. Fenómeno que ocurre a su vez dentro de la familia.

De Lome, sin embargo, dentro de lo comedido y preciso de su lenguaje, deja aflorar expresiones que parecen responder a situaciones o experiencias difíciles. Es probable que el aislamiento a que estaban sometidos los extranjeros comportara también el recelo propio de gente que nunca había convivido con europeos. En esos primeros años de la apertura de Japón no faltaron actitudes violentas en diversas partes del país así como una prevención suma ante el elemento

extraño que hollaba el suelo japonés. En su primera relación, hecha nada más regresar de Japón, cuando los recuerdos estaban aún vivos, se adivina un sentimiento de frustración al mismo tiempo que de reconocimiento de los valores del país. Dupuy de Lome describe con trazos severos esa situación, sin eliminar con ello otros aspectos positivos.

“Quiero olvidar el odio que hacia nosotros siente esa raza, para no acordarme más que de su afable y ceremonia hospitalidad; quiero olvidar sus bajezas y embustes y llevarme sólo el recuerdo de su urbanidad y de su constante alegría. No quiero recordar su servil instinto de imitación para pensar sólo en los progresos que en la moderna cultura ha realizado....Me marchó del Japón queriendo olvidar todo lo malo que tiene y todo lo que de él se dice; no volveré a pensar en el proverbio de los antiguos residentes que dicen que no se puede esperar nada de un país en que las flores no tienen olor, las frutas sabor ni las mujeres pudor. Sólo recordaré sus bellezas y los progresos que ha hecho.” (Ibid., pp.231-232)

ESTUDIOS DEL JAPÓN

Las impresiones arriba redactadas son reflejo de la experiencia directa, dérmica, de De Lome en sus dos años de estancia en Japón y están recogidas en su libro *De Madrid a Madrid, dando la vuelta al mundo*. Sin embargo, hubo de mediar una distancia geográfica y temporal para que esas impresiones fueran suplantadas por una visión de carácter más amplio y objetivo. Su pequeña obra *Estudios sobre el Japón*, ofrece otra tonalidad más objetiva y está dedicada a tratar el tema de Japón de modo más serio y concienzudo.

Esta obra, según el autor, fue redactada fundamentalmente hacia 1874, veintinueve años antes de darla a la imprenta. Debió ser el fruto de sus observaciones, lecturas y diálogo durante aquellos dos años de “reclusión”, que no debió ser tanta, en la Legación española en Yokohama.

“En los dos años que he estado en el Japón, he procurado estudiar el carácter de este pueblo, y, para conseguirlo, he leído casi todas las obras modernas y muchas antiguas que se han escrito sobre él; he recorrido catorce provincias en un viaje que hice a Kioto, antigua capital del Imperio; he visto el bello pedazo de la creación que se conoce con el nombre de Mar Interior.... He estado en Nagasaki, y para comprender un poco la política de Asia, he ido hasta Pekin...” (EJ, pp.16-17)

En un primer momento se retrae de darlo a la luz, pues tiene sus temores de que no fuera de

interés para la gente. Sin embargo, la marcha que prosiguió Japón en ese breve período le hizo pensar que los sucesos ocurridos en ese margen de tiempo *“hacen de actualidad estos estudios,”* y quiere contribuir a *“llamar la atención del país y del gobierno español sobre una cuestión cuya importancia será mayor cada día.”* Y en otro lugar, *“Hace veintiún años terminaba la historia que entonces escribí y hoy público, diciendo que Japón era un ejemplo y podía llegar a ser un peligro; el ejemplo continúa, el peligro ya ha llegado y será mayor cada día.”* (Ibid., p.10) El desconocimiento y despreocupación por parte del gobierno español del fenómeno Japón se convierte en el móvil del estudio y publicación de la obra. Como medio eficaz para entender los problemas de Asia, sobre todo en este momento del despegue económico de Japón y de su modernización, De Lome ve necesario el conocimiento de la historia y carácter de este pueblo. En este rincón de Asia, donde empiezan a operarse cambios fundamentales, la presencia de España es débil, no está en la línea de vanguardia de los problemas internacionales ni sigue el ritmo del movimiento contemporáneo. Se trata de la época industrial, donde las batallas, aunque pacíficas, van a ser duras. Japón se está abriendo al nuevo comercio, y con una población de cuarenta millones representa un campo de trabajo riquísimo. De Lome se lamenta de que no haya en ese momento ni un solo comerciante español. *“Es una época en que el go ahead de los norteamericanos es el grito de la humanidad, todo se debe esperar y todo se debe obtener de la iniciativa individual. Este es el siglo del movimiento y de la industria: las batallas que el comercio y la industria ganan son más importantes que las que ganan los ejércitos”.* (Ibid., pp.23-24)

Dupuy de Lome hace años que ha dejado Japón, pero sigue de cerca el desenvolvimiento de esta nación. Habla de haber estado recogiendo datos constantemente sobre un país que tanto le ha interesado e, incluso durante su estancia en Norteamérica habla de libros interesantísimos sobre Japón (Ibid., p.298). Asia está muy lejos para los europeos, pero sobre todo para los españoles, que tienen otras preocupaciones en el continente europeo y americano. Este rápido desarrollo de Japón le obliga a repasar las cuartillas que redactó e incluso a recordar con nostalgia el país en el que comenzó su actividad diplomática internacional. Fueron años memorables aquellos de 1872, 1873 y 1874. De Lome se considera a sí mismo testigo privilegiado del tiempo en que Japón comenzó su singladura de modernización. Está impresionado por lo rápido y lo efectivo de la transformación del país. *“Fui testigo del maravilloso desarrollo, peligros, reformas y cambios de los años memorables 1872, 1873 y 1874. Con orgullo puedo decir que he tomado el pulso y que he sentido latir el corazón de Japón.”* (Ibid., p.18, nota)

De Lome compara el Japón a la llegada del comodoro Perry con la Europa medieval. Es un país fragmentado en feudos, sin el menor sentido de unidad nacional, aislado de la comunidad nacional por más de doscientos años, tiempo precisamente en que han ocurrido en el mundo los mayores cambios y progreso. Sin embargo, en breve tiempo se ha modernizado. Ha logrado la unidad nacional, renunciando a privilegios feudales, siguiendo una evolución que ha tenido un ritmo más rápido que en Europa.

Interés por el estudio de Japón

El rápido desarrollo y modernización del país es un hecho a tener en cuenta, de modo particular por aquellos países que tienen intereses en Asia, como era el caso de España.

“Las victorias del ejército japonés, la debilidad que ha demostrado el imperio chino...han despertado singular interés hacia cuanto se relaciona con aquellos lejanos pueblos...Deberían todos conocer la historia de aquellos países y su situación actual, para estar apercebidos de las naturales consecuencias del desequilibrio de fuerzas que ha de resultar en Asia.” (Ibid., p.9)

Japón se ha hecho un estado moderno en breve tiempo. Los ciclos temporales que para Europa representaron siglos, para Japón se han convertido en años o meses. Este paso rápido de un estado feudal a la modernización llama la atención de De Lome, quien ve inminente la influencia y dominio de este país en el Pacífico. Y ello no sólo en el aspecto militar, sino en el de ideas y valores: *“Más peligrosas que las armas del Mikado han de ser las ideas que irradian de un país asiático constitucional, tan cerca de nuestra preciada colonia...” (Ibid., p.11)* Japón es un país decidido y con fuerza. Además necesita descongestionar el territorio, tradicionalmente dotado de un índice alto de población. *“País orgulloso por sus progresos, ebrio por el triunfo, y con una población que ya no cabe en las islas que puebla.” (Loc. cit.)*

Por otra parte, son los años del declive español. En un punto tan alejado de la península ibérica como es Japón, España, que a duras penas mantenía su prestigio en las colonias, no desarrollaba una actividad ni cultural ni comercial adecuada con el país del sol naciente. Son varias las referencias de De Lome hacia un problema que le tocaba de cerca y sobre el que advirtió sobradamente.

“España tiene allí una Legación, pero, por rutina o por economía mal entendida, hay un encargado de Negocios, mientras que todas las demás naciones tienen Ministros, y el representante de España es siempre el último del Cuerpo diplomático, y ni tiene intérprete ni casa, y desde que se ha firmado el tratado de 1868 (firmado por cierto catorce años después que los de las otras naciones) no ha ido un solo buque de nuestra Armada. Sólo por casualidad fue la Narváez a Nagasaki,...antes de entablar España relaciones con dicho Imperio.” (Ibid., pp.229-230)

Esta precaria presencia de España en el país recién abierto e impulsado hacia la modernización, no se refería exclusivamente al aspecto político o diplomático. A De Lome le preocupaba el aspecto comercial y el espíritu emprendedor que había mostrado España en su historia, pero que en este momento se había debilitado.

“Parece que aquel espíritu aventurero que en los siglos XV y XVI llevó a nuestros compatriotas a todos los mares del mundo, ha desaparecido con nuestra decadencia... En Yokohama he conocido alemanes, belgas, daneses, italianos, griegos, holandeses...chinos, parsis, y no he conocido, porque no le había, ningún español que comercie con los productos de España y sus colonias, puestos en relación con los del Japón.” (Ibid., p.24)

Subraya el movimiento comercial de Japón, un país abierto al libre comercio hace unos cuarenta años, pero con un mercado de más de cuarenta millones de habitantes. Allí se fuma, se consume azúcar, se importa mucho vino, vestidos y usos y costumbres de occidente. Los japoneses producen seda, tabaco en rama, té, alcanfor, porcelana, objetos de laca, etc. (*Loc. cit.*) Lamentablemente, allí no se ve ninguna firma ni barco españoles. Ni siquiera el vino de Jerez, que pueda luchar con el infame sherry inglés o alemán, que han monopolizado el mercado de Oriente.

Aparte de las razones epocales expuestas arriba, Japón ofrece un interés especial por ser un país hasta entonces separado por siglos del resto del mundo y que admite de pronto una civilización conseguida por otras naciones. Tiene además Japón una particularidad que no se encuentra en nación alguna: la continuidad de sus instituciones, la sucesión dinástica de los Mikados y toda la vida del pueblo unida a la dinastía que lo gobierna. El origen mismo de la nación de Japón se confunde con el de su Emperador. (*Ibid.*, p.115)

Transformación de Japón

La transformación que se estaba operando en Japón es el aspecto más relevante. De Lome ha

sido testigo privilegiado de muchos de los cambios y acontecimientos que ocurrieron en la época. “Hace más de veinte años asistí al planteamiento de las reformas que han traído por consecuencia acontecimientos que admiran a los que no conocían la marcha de los sucesos de Asia.” (Ibid., p.10) “En cuanto a la historia moderna, a los acontecimientos que han preparado y ocasionado el actual orden de cosas, he buscado su explicación en la conversación casi diaria con muchos que han sido testigos o actores de los sucesos que comenzaron con la llegada de la escuadra del almirante Perry en 1853.” (Ibid., p.113)

De Lome acepta la tesis, tomada ciertamente de Adams, de que la revolución Meiji no se hizo por la llegada de los extranjeros, sino que hay causas que la prepararon tanto en las ideas como en las costumbres e instituciones. La llegada del comodoro Perry fue el detonante que hizo saltar el problema de la supuesta paz del país y el de la confrontación entre los poderes del xogunado y del Mikado. Pero ya en la época Tokugawa, la clase militar, dedicada al estudio había tomado conciencia de la verdadera situación del país. Obras como *Dai Nihon-shi* y *Nihon Gai-shi* contribuyeron a que los japoneses entendieran el desarrollo de la historia de su país y tomaran conciencia de la situación. El problema de la llegada de los extranjeros y la firma de los tratados de Kanagawa precipitaron el problema, que se había venido incubando desde hace tiempo. Fue la falta de respeto al Emperador, la usurpación indebida del poder por parte del Xogun, lo que indignó al Imperio. El lema “*Honor al Mikado, fuera los bárbaros*”, a juicio de De Lome, fue más que nada promovido por los jefes del partido contrario al Xogun para causarle dificultades que concluyeran con su prestigio y fuerza.

No deja de ser interesante esta interpretación, que no entiende a un Japón unido con el Emperador en el centro y decidido a expulsar a los extranjeros, sino una utilización del problema extranjero (cuya expulsión ya no era posible ni el proceso de apertura del país reversible) para desposeer al Xogun de su poder. Los casos de muertes de occidentales, ataques a las legaciones, incendios de edificios de diplomáticos, etc. tendrían aquí su origen. La provocación de esta crisis estaba encaminada a poner al Xogun contra las cuerdas, mientras, curiosamente, los extranjeros residentes eran ignorantes del caso. “*La diplomacia de las naciones más poderosas del mundo estaba en Yokohama, expuesta a ser asesinada y sin saber nada de lo que sucedía, ni comprender lo poco que llegaba a saber.*” (Ibid., p.191) Información sobre esta situación está en los documentos redactados por Adams y enviados al Parlamento inglés, en el *Kinsei-shiryaku*, en el periódico de Yokohama, etc.

Con el traslado de la capital a Edo, se da un paso decisivo en la consolidación del nuevo régimen. Se forma un gobierno central apoyado en la figura del Emperador, al que se le devuelve lo que le había usurpado el Xogun, algo que sólo fue posible desde una creencia y aceptación de la autoridad imperial, creencia que nunca se había disipado en la historia de Japón. Hasta entonces, Japón, dividido en señoríos feudales, no tenía sentimiento de una patria común, situación semejante a la Europa de la Edad Media. Fue una fe en la figura del Emperador la que originalmente aunó al país y desde ella surgió el espíritu de unidad nacional.

En 1871 se crea un ejército permanente y el Emperador comienza a conducirse al estilo de los soberanos europeos. Recibe a miembros de la nobleza europea y se relaciona con los soberanos europeos. Las obras públicas adquieren gran desarrollo. Se construyen ferrocarriles y se instalan líneas de comunicación. Se envían numerosos estudiantes a Europa y a los Estados Unidos. En lo social se abolieron las divisiones de Eta y Hinin, se prohibió a los samurais llevar los dos sables tradicionales; se suavizaron las leyes penales y con asistencia de profesores extranjeros de derecho se formó un código y se organizaron los tribunales. Se dio permiso a los samurais para que pudieran dedicarse al comercio y a la agricultura y para que pudieran casarse con quien quisieran.

Para el año 1872 los progresos en este sentido eran considerables. La base del nuevo gobierno, su doctrina más importante, era la superioridad y divinidad del Emperador (Mikado). Los esfuerzos de Japón por entrar en el concierto de las naciones civilizadas y crear lazos de amistad con ellas, tuvieron su expresión simbólica en el envío de una Embajada solemne que salió de Yokohama en dirección a los Estados Unidos el 22 de diciembre de 1872. Fue a su regreso a Japón en 1873 cuando De Lome coincidió con ellos en el mismo barco en que se dirigían de vuelta a Japón.

La última parte de la obra está dedicada a lo que De Lome titula 27 años de Meiji. La Embajada de Iwakura marca para nuestro diplomático, la despedida del régimen antiguo. Con el envío a los Estados Unidos y principales naciones de Europa una misión para entrar en comunión de ideas y aprender las ciencias, artes e industrias, se abre una nueva era.

Los cambios en Japón comienzan por la unidad nacional. En menos de 25 años se pasa del caos del feudalismo a la férrea unidad imperial y desde ahí a la descentralización y autonomía local. Se comenzó con la división en Fu, Ken y Han, para quedar al final sólo la de Fu y Ken. De Lome habla de 3 Fu (ciudades principales, gobernadas por un corregidor), 43 ken (prefecturas o provincias), 804 gun (distritos), 42 shi (ciudades) y 15.732 cho y son (villas y aldeas).

Se procedió también a una reestructuración social del país, en el que la división de clases

estaba había estado excesivamente marcada. Se abolieron todos los privilegios y distinciones, lo que exigió una reestructuración económica. Se instaura un Gobierno central. Se pasa del fraccionamiento feudal a la unidad bajo la monarquía y, luego, al régimen constitucional. Se reforma la legislación, comenzando por el derecho penal, se revisan los antiguos códigos y se redacta un derecho moderno, bajo la asesoría de juristas franceses. Se organiza el ejército y dentro de él la marina. Dupuy presenció a las primeras maniobras del ejército moderno de Japón, y, en cuanto a la marina, asistió a la ceremonia de botadura del primer buque construido en el país, el cañonero Seiki, cuyo autor y jefe técnico del arsenal eran ambos discípulos de su pariente, el ilustre ingeniero E. C. Enrique Lorenzo Dupuy de Lome, el primero que aplicó el vapor a la marina de guerra, y construyó los primeros acorazados Gloire y Napoleón. Fue el quien, a instancias del gobierno japonés, designó a los dos ingenieros susodichos para fundar la marina de guerra japonesa. Ese día De Lome estaba de fiesta.

Otra fuerza importante del país que recibió las mejores atenciones fue la instrucción pública. De tradición, Japón había venido dependiendo de la cultura china, que enfatizaba el cultivo del espíritu. Ya dice De Lome que era difícil encontrar alguien que no supiera leer ni escribir. Al adoptar, sin embargo, la civilización occidental, Japón hubo de acomodar su sistema educativo. Se trajeron profesores extranjeros y, viceversa, nobles y estudiantes aventajados fueron al extranjero a estudiar. Se reestructuran antiguas escuelas, se fundan universidades, museos y bibliotecas. En 1871 se decreta la instrucción obligatoria para todos desde los seis años. Se funda el colegio de lenguas extranjeras. Se reúnen la escuela de Medicina (Daigaku Toku) y la de conocimientos occidentales (Nanko) para formar la Universidad de Tokyo, etc.

Japón puso especial empeño en crear la infraestructura de comunicaciones, en concreto, el sistema de ferrocarriles, telégrafos y correos. En 1870 se inaugura la línea de ferrocarril entre Tokyo y Yokohama, y en 1875 entre Hyogo y Osaka. Se establecieron cables trasatlánticos con Fusan, Shanghai y Vladivostock. El correo adquirió enseguida gran desarrollo. En 1875 se inauguraron las Cajas de Ahorros Postales. Como base de apoyo para la industria y el comercio se efectuó la reforma del sistema bancario, análogo al de Estados Unidos.

Nace la marina mercante. El tráfico internacional estaba entonces en manos de ingleses y americanos. Por entonces, un banquero japonés de nombre Takashima fundó una compañía de navegación llamada "Mitsu-Bishi"(tres rombos), porque su bandera era blanca con tres rombos encarnados. Estos fueron los que entraron pronto en competencia con las líneas extranjeras,

estableciendo una línea regular entre Yokohama y Shanghai, tocando en Kobe, Shimonoseki y Nagasaki y pasando por el mar interior. La competencia hizo bajar los precios hasta límites irrisorios. Nos describe De Lome cómo aprovechando la rebaja de precios, él mismo hizo el trayecto, ida y vuelta, hasta China en el barco Tokyo-Maru, en un viaje que duraba siete días, por el precio de 15 dólares.

Sobre el comercio japonés, De Lome da una relación somera pero muy significativa. Siempre las exportaciones han superado a las importaciones. Puntualiza que el Gobierno japonés ha seguido una política franca y decididamente proteccionista. Pero en lugar de la protección indirecta, que no pudo establecer en aduanas, acudió a privilegios, subvenciones directas y hasta a establecer la fabricación por su cuenta. Lo ejemplifica diciendo que el Ministerio de Guerra tenía una fábrica de paños. (*Ibid.*, p.358)

Respecto a la situación financiera, salvo un año, Japón siempre ha tenido superávit en el presupuesto. De Lome ve claramente el rápido progreso industrial, y desde ahí previene sobre algo que podría ocurrir y de hecho ocurrió. *“Únicamente podría ser fatal a este lejano Imperio una política de aventuras, si se ensoberbece con sus triunfos contra China, y si, a consecuencia de seguir una política sin moderación, tiene un conflicto con alguna potencia occidental, contra la que nada podrían sus ensayos de vida moderna.”* (*Ibid.*, p.361) No pudo haberlo intuído con mayor clarividencia nuestro diplomático el futuro inmediato.

Todas estas reformas y proyectos, sin embargo, no pudieron nacer naturalmente de unos cuantos hombres ilustres, quienes en torno al Emperador, idearon fórmulas para cambiar al país y simplemente las llevaron a la práctica.

Para un país que tenía unos usos y costumbres milenarios no fue fácil rectificar la dirección de su historia y pasar de la civilización asiática a la europea en tan poco tiempo y de modo tan completo. La modernización de Japón tuvo un precio. Hubo obstáculos difíciles de superar, protestas graves, rebeliones sangrientas y dilapidación costosa de capital. Dupuy de Lome pasa revista somera a varios de los más graves incidentes, algunos de los cuales ocurrieron durante su estancia en Japón. El reciclaje de los samurais, la revolución de Eto Shimpei, la insurrección de Kagoshima, liderada por Saigo, etc. No obstante, Japón supo salir adelante en sus propósitos de reforma y modernización interior y desde esa confianza en sí planteó las relaciones internacionales.

SEGUNDO ESCENARIO: ESTADOS UNIDOS

Situación Epocal

El ocho es número fatídico para España en la historia del siglo XIX. En 1808 se libra la guerra de la Independencia contra Napoleón. En 1868 cae la monarquía. Y es, sobre todo, la última década del siglo XIX la que reservaba a los pueblos ibéricos la más grave crisis internacional padecida desde la Emancipación americana. Los residuos de sus viejos imperios coloniales van a sufrir el empuje irresistible del nuevo imperialismo anglosajón. En Portugal fue la crisis del ultimátum. En España sería la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas (1898), y con ello la liquidación del imperio ultramarino español. Fue un proceso que se desarrolló de modo fulminante. Comenzó con un movimiento emancipador que estalla casi simultáneamente en Cuba (1895) y en Filipinas (1896), pero que ya contaba con terreno abonado. En el caso de Cuba, las dos guerras de la independencia, la debilidad española y las pretensiones e injerencias de los Estados Unidos, país que surgía con fuerza en el escenario histórico, habían dejado el terreno preparado para el golpe definitivo.

Es el final de la época colonial española y el comienzo del expansionismo americano. En Oriente, donde las potencias europeas tienen sus intereses y su patrimonio, cualquier crisis iba a afectar de modo decisivo a las posesiones españolas. Por una parte Japón, con sus victorias militares en Penyan y Yalu, unido a la debilidad que mostraba China, podía invadir fácilmente Taiwan y ponerse a las puertas de Filipinas. Por otra parte estaba *“la política imperial y agresiva de los Estados Unidos, que se extiende a los dos mares que bañan sus costas y en los que tantos intereses tenemos, es cada día mayor”*. (Ibid., p.11) Esta política que él dice haber conocido desde Sudamérica, y que *“era mantenida por uno de los partidos en el poder, no podía dar tranquilidad a ningún país que tuviera posesiones en el Pacífico”*. (Loc.cit.)

En el momento en que redactaba estas palabras no podía imaginar De Lome que le iba a tocar intervenir precisamente a él de modo directo en la crisis que surgió entre España y los Estados Unidos. La crisis de Cuba, que arrancaba desde la primera guerra de la independencia (1868-1878) volvió a resurgir con fuerza en el movimiento de emancipación de 1895, que estalló casi simultáneamente con el de Filipinas (1896). Dupuy de Lome fue enviado a Washington en 1895. Sus primeros años de actividad diplomática fueron afortunados y en los mejores términos con la Administración norteamericana. Había dejado buena impresión cuando cesó en 1893. Sin embargo,

fue atrapado en el ojo del tifón de la crisis de Cuba. La actitud de Estados Unidos, cada vez más proclive a intervenir en la isla, contrastaba con el Gobierno español que exigía la neutralidad, el cese de las actividades de la Junta cubana en terreno norteamericano y el fin de recaudación de fondos y armas para los sublevados.

El Incidente

Durante el mandato del presidente demócrata Cleveland, Estados Unidos había mantenido una actitud correcta hacia España, pero cambió con la elección del presidente McKinley. Desde hacía años la intervención norteamericana en el pleito hispano-cubano venía impulsada desde diferentes ángulos. Obras como *Manifest Destiny*, 1885, de Fiske o *Influence of Sea Power upon History*, 1890, de Mahan, y sobre todo una apasionada campaña de prensa presionaban en favor de la presencia norteamericana en el conflicto. La elección del nuevo presidente, republicano, favoreció una intervención que se veía inevitable.

Este ambiente estaba además recargado por la prensa amarilla norteamericana, representada sobre todo por el periódico *The New York Journal*, de W.R.Hearst y *The New York World*, de J. Pulitzer. En sus páginas se aireaban todas las atrocidades de la guerra, sobre todo las que perjudicaban a España. Y si no había noticias, como en el caso del dibujante Frederic Remington, enviado a Cuba por Hearst para ilustrar la *campana sangrienta*, pero, que al no encontrar noticias, se quiso volver a Estados Unidos, la cuestión estaba decidida. Su jefe se lo impidió con la célebre frase: “Usted mándeme los dibujos, que yo pondré la guerra”. Cualquier incidente se convertía en un chispazo que podía provocar la conflagración. Y ese incidente vino dado por un descuido de Dupuy de Lome. Este escribió nada menos que por correo normal a Canalejas, cuando éste se encontraba en Cuba, poniéndole en guardia sobre las auténticas intenciones del presidente norteamericano. La misiva, de carácter privado, no reparaba en cumplimientos para el republicano McKinley.

El caso es que el 9 de febrero del mismo año, *The New York Journal* ofrecía una exclusiva a los lectores bajo el título “El peor insulto en la historia de Estados Unidos”. La carta de Dupuy de Lome había sido secuestrada y pasada a la prensa. No se hizo esperar la protesta a nivel diplomático, llevada por el entonces Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos en Madrid, S.L. Woodford, pidiendo la dimisión inmediata del Embajador español, pues la carta “...*contiene expresiones relativas al Presidente de los Estados Unidos de tal carácter que pone fin a la utilidad del Ministro*

como medio de franca y sincera relación entre este país y España...”⁴

Y para una mejor ratificación del caso, en otra carta del 14 de febrero se ofrecen algunos extractos:

“el mensaje ha desengañado a los insurrectos que esperaban otra cosa y ha paralizado la acción del Congreso, pero yo lo considero malo además de la natural e inevitable grosería con que se repite cuando ha dicho de Weyler la prensa y la opinión en España demuestra una vez más lo que es McKinley débil y populachero y además un politicastro que quiere dejarse una puerta abierta y quedar bien con los jingoes(n) de su partido.”

“sería muy importante que se ocuparan aunque no fuera más que para efecto de las relaciones comerciales y que se enviase aquí un hombre de importancia para que yo le usara aquí para hacer propaganda entre los senadores y otros en oposición a la Junta y para ir -ilegible- emigrantes.”

En la contestación fechada en Palacio al día siguiente, el Gobierno español anuncia la dimisión de Dupuy de Lome. No obstante, alude a lo extremado de la utilización en el mes de febrero de una carta escrita en el mes de diciembre y, sobre todo, tratándose de una carta particular, que caía fuera del contexto de todas las negociaciones que se habían realizado, antes y después del incidente, por los dos gobiernos. Sin olvidar que el modo cómo la misiva llegó a manos de la prensa amarilla norteamericana no debió de ser de gran ejemplaridad moral, a las que califica de “arteras y criminales”.

“...el Gobierno... se maravilla de que una carta particular fechada, a lo que parece, en un día relativamente lejano y cuyo juicio no corresponde ya formular después de recientes acuerdos, pueda invocarse ahora por la sola significación de su firma como germen de recelos y dudas contra el testimonio incontestable de los hechos simultáneos y posteriores. Dio el actual Gobierno español antes y después de la fecha indicada, con relación al nuevo régimen colonial y al proyectado tratado de comercio, pruebas tan evidentes de sus verdaderos deseos y de sus íntimas convicciones, que no estima compatible con su prestigio encarecer o siquiera demostrar nuevamente la realidad de sus propósitos y la intachable buena fe de sus intenciones.”

No fue decisivo para el problema de Cuba el incidente de la carta. Sin embargo, utilizada por

⁴ Las citas que siguen a continuación están entresacadas de documentos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid. Están sin clasificar. La referencia es: Legajo de Enrique Dupuy de Lome.

la prensa sensacionalista, sí contribuyó a tensar el clima, y, sobre todo, le sirvió a Estados Unidos de coartada para emprender una política cada vez más agresiva, que culminó en la crisis final del mes de abril.

La sorpresa de Dupuy de Lome es de imaginar. En algunas breves misivas se puede leer su reacción. En un telegrama cifrado del mes de febrero de 1898 dice De Lome:

“Hoy se publica la carta anunciada anoche. El Journal publica su facsímil no cabiendo duda que es una escrita a Canalejas y que ahora dice la Junta le ha sido robada. Aunque no tengo ante este país por escribir reservadamente a un hombre público español, mi posición necesariamente no puede ser la que tenía creo poder continuar. Cuanto en la carta digo es cierto, pero si bien era conveniente lo supiera la persona a quien se escribió, no es se sepa aquí. Fue escrita a mediados de diciembre. Junta la ha guardado para usarla el día en que se ha hablado favorablemente de Convenio Comercial y para dar fuerza a los Senadores que ayer reprodujeron su campaña contra nosotros. ...Hasta ahora nada ha dicho este Gobierno y podría saberse su opinión por Woodford”.

Dupuy fue preguntado si la carta era de su puño y letra. En otro telegrama cifrado lo explica:

“Day ha venido a verme y preguntarme si la carta era mía habiendo naturalmente contestado que sí y que como Ministro de España nada tenía que decir sosteniendo mi derecho de manifestar mi opinión reservadamente como con tanta frecuencia y menos discreción lo han hecho los Agentes americanos. El departamento ha hecho una declaración en la prensa manifestando que Woodford hablará con el Gobierno de S.M.....”

Este diplomático de confianza del Gobierno español hubo de dimitir inmediatamente de su cargo. El Gobierno español mostró la mayor consideración hacia él respecto de un incidente que, aunque pudo ser evitado con una mayor prudencia y cuidado, también encontró sus causas en la animosidad de la Junta y de la prensa sensacionalista americana. Dupuy volvió a España y unos años después, durante su ejercicio de Embajador en Roma, falleció en París en 1904.